

Rodó y Real de Azúa (I)

Prólogo: Muerte en Sicilia

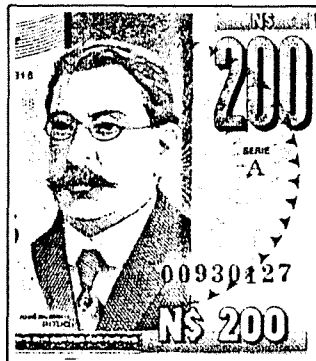
Afirman los matemáticos que el azar está sometido a leyes; agregan que además esas leyes tienen sentido. No se sabe, sin embargo, qué mérito tienen ellas en la vida literaria y cultural de un país, pero sucede que en 1987 están coincidiendo dos aniversarios: los setenta años de la muerte de José Enrique Rodó y los diez de la desaparición de su máximo crítico y mejor tasador, Carlos Real de Azúa. En estas distancias, las que van de 1917 a 1977, y desde ambas al presente, hay abismos pero también paralelos notables. El abismo que todavía hiere es el silencio hosco y resentido que recibió la noticia de la muerte de Real de Azúa, a los sesenta y un años, en contraste con la pesadumbre glorificadora que produjo la muerte de Rodó, en Palermo, a los cuarenta y cinco años. Dos épocas y dos sociedades. Como dentro de pocos días, el 16 de julio, se cumple el décimo aniversario de la rotunda desaparición de Real de Azúa, iniciamos una serie de artículos sobre el laberinto de estos destinos encontrados, proque en buena parte son el siglo político de la cultura uruguaya en lo que va del siglo. Quizá nos ayuden a comprenderla.

A principios de abril de 1917, hace ya setenta años, un hombre corpulento, de largos brazos caídos y rostro algo triste, se registró en el Hotel des Palmes, en Palermo. Llegaba del norte y

viajero llegó al hospital, ya estaba en coma. Murió a las diez de la mañana del 1° de mayo. Al revisar los propietarios las pertenencias del huésped muerto, supieron algo más de él y telegrafieron como es de rutina al consulado uruguayo en Roma.

PROUSTIANO MONTEVIDEO

Tres días después, por la tarde, Víctor Pérez Petit se encontraba



Rodó vale, por cierto, algo más que doscientos pesos; pero este fue el homenaje de la restauración democrática al cumplirse el 70o. aniversario de su muerte. Hace años, cuando la dictadura le cambió el nombre a un tramo de la Avenida Agraciada para que ella se llamara Avenida del Libertador Brigadier, etc., quedó libre la vieja calle Lavalleja, las autoridades autoritativas optaron por el nombre de José Enrique Rodó. De haberse enterado, Carlos Real de Azúa habría dicho, sonriendo, que era el homenaje de los milicos al antiballismo de nuestro escritor.

charlando en la librería de Barreiro y Ramos con uno de los propietarios, Antofito, como le decían los íntimos, cuando comenzaron a mugir las sirenas de los diarios. En la tertulia de la librería conjuraron que finalmente habría llegado el acuerdo político. Siempre hay en este país alguna discordia entre los partidos que exigía la transacción, el compromiso, el acuerdo, que en ese entonces hacían mugir las bocinas de los diarios y hoy hace emitir flashes informativos por radio y televisión.

Plaza Independencia se convertía en un páramo oscuro y desolado.

Pero a las cinco de la tarde, la Ciudad Vieja estaba siempre muy animada. Como todas las tardes, las jovencitas iniciaban el ritual vespertino de visitas de tiendas y exhibición por la calle Sarandí. Iban bien custodiada por sus madres o chaperonas de las familias burguesas, que hacían desfilar los encantadores productos de la rutina conyugal, igual que los cabañeros echaban al ruedo de la Rural del Prado a sus cruces de hereford y shorthorn con las vaquillonas criollas, irreverencia que va por cuenta de Roberto de las Carreras, que no perdonaba a nadie. Mucho después, ya ancianas, se enterarían que nuestra modesta y provinciana Belle Époque estaba agonizando con ellas y en medio de un imaginativo revuelo de capelinas y miriñaques, suficiente para merecer el traslado del título proustiano de las muchachas en flor. Menos ácido que Roberto de las Carreras y algo más gentil, Pérez Petit se limitó a escribir que en ese momento las jovencitas ponían "en el ambiente algo así como una rieta floración de crisantemos".

Entre madres y jovencitas en el

paseo vespertino, alborotaban sus hijos y hermanos, en carácter de estudiantes en huelga contra un rector malvado, para otorgar mayor colorido al ambiente, Pérez Petit puso en su relato los símbolos del progreso que por entonces eran el orgullo de nuestra burguesía: automóviles ruidosos, tranvías eléctricos que "hacían sonar sus gongs" y como toque popular a los canillitas voceando los diarios de la tarde.

Pérez Petit llegó al pie del pizarrón, ante el que se agolpaban las ruinas. Escrito con tiza y con

que cerraste los ojos /para siempre en Italia entre los esplendores /del azul Mediodía..."

Así comenzó a congelarse el escritor en ese primer verso de Frugoni, que anuncia el bronce, el monumento, el estereotipo, el homenaje oficial, la retórica americanista, la oración laica, los funerales cívicos, el bondadoso sermón que orienta a las juventudes. Que ya anuncia el ingreso del escritor en los programas de literatura en la enseñanza secundaria y anticipa los fervores de la burocracia cultural, el alejamiento del público, la no/lectura.

Lástima por Rodó, que no merced del todo ese destino. Es cierto que eligió o proyectó para sí esa imagen de luz y armonía, por el juego de sus ideas en una "prosa de arte", como dicen los brasileños. Pero su vida y obra, su trayectoria hasta hoy y su cuestionada vigencia, preserva momentos, etapas, aspectos y trozos muy conflictivos y actuales, los que en una suerte de conspiración silenciosa y tácita muchos han tratado de soslayar y acallar. En algunos casos, hoy se sabe por qué.

Rodó, un hombre mesurado y pacífico, tuvo la desgracia de tropezar, en su carrera política, con Batlle, un carácter totalmente opuesto al suyo, un reformista, un radical, un jacobino del liberalismo, que registraba prolija y mentalmente toda discrepancia y desacuerdo con sus ideas y persona. Los dos eran colorados y descendientes de catalanes, pero jamás se entendieron. Desde el poder, Batlle, que nunca sintió la necesidad de ser hipócrita le quitó el pan y la sal a ese introvertido, tímido y conciliatorio escritor. Por sus proporciones, fue un abuso.

Rodó viajó a Europa por una mezcla de motivos cuyo relato sería largo de exponer, pero que tuvo buena dosis de huida, alejamiento, ostracismo. Se fue desafiando toda clase de apoyo del gobierno y sobre la base financiera de su oficio de escritor y periodista. Gestionó y obtuvo una correspondencia de la revista argentina Caras y Caretas. A un amigo le escribió: "Mi compromiso es escribir tres correspondencias al mes, que me retribuyen con 650 nacionales, o sea 250 oro uru-

UN CRITICO ACRE Y ACRATA

Las ceremonias fúnebres del oficialismo, encabezadas por el presidente Baltasar Brum, tuvieron lugar el 27 de febrero de 1920. Pero un mes antes, el 28 de enero, El Día publicó la crónica sobre la muerte en Sicilia, tan vívida y detallada, que resumimos al principio de la presente nota. Ella fue muy cuestionada en su época porque revelaba aspectos que la pacatería consideró inapropiados y hasta de mal gusto. Esa crónica no vino sola.

Tres meses antes, en octubre de 1919, inició sus trabajos de crítica literaria en El Día, un poeta y ensayista de treinta y dos años, algo ácrata y de un dandismo nietzscheano, arrogante, original y muy seguro de sí mismo, de sus opiniones heterodoxas y de la misión que deseaba cumplir en la vida cultural del país. Había nacido en la Argentina, perteneció a la Peña Icooclasta de Roberto de las Carreras y algunos del cogollito literario recordaban su resonante discurso de 1910 ante la tumba de Julio Herrera y Reissig. Se llamaba Alberto Zum Felde y de gente así gustaba rodearse Batlle en su vejez, para revitalizar a su diario y su partido.

Zum Felde debutó precisamente con una belicosa serie de seis artículos sobre Rodó, figura en proceso de canonización hasta por los estudiantes del Centro Ariel. De Rodó dijo: no es un pensador, no es un maestro de juventudes, no es un buen estilista; es en cambio un "notable historiador de la literatura", por sus ensayos sobre Montalvo y Juan María Gutiérrez.

Los seis artículos fueron una bomba y tuvieron la virtud de reanimar polémicamente, en su cuestionamiento integral, un prestigio que derivaba peligrosamente hacia los pantanos del engolamiento académico, el panegírico y los funerales patrióticos, donde milagrosamente todavía persiste, convertido en un enigmático totem que varios escritores uruguayos han tratado de develar, con azarosa fortuna para sí mismos y para la cultura de este país.

Zum Felde preservó esos artículos en el volumen titulado, Crítica de la literatura uruguaya, que publicó Maximiliano García en 1921. El crítico iconoclasta y re-



A principios de abril de 1917, hace ya setenta años, un hombre corpulento, de largos brazos caldos y rostro algo triste, se registró en el Hotel des Palmes, en Palermo. Llegaba del norte y había visitado: Nápoles; que le pareció muy española, y como cualquier turista recorrió Sorrento, Capri, Castellamare. La guerra y el frío lo indujeron a abandonar París, donde pensaba instalarse durante años, y buscar refugio en las tierras cálidas y soleadas del sur de Italia. Era uruguayo y famoso en el ámbito de la lengua española, pero en Italia no lo conocían. Venía muy enfermo, había visitado médicos durante el trayecto hacia el sur y no sabía que viajaba hacia el encuentro de su muerte. Solterón y sin hijos, siempre había vivido en casa de sus padres, en Montevideo. Viajaba solo.

El conserje llamó a un muchacho, quien recogió el equipaje del señor y lo acompañó hasta su habitación, la 215, con balcón hacia el jardín. Para la cena, el huésped pidió leche y agua mineral, que era quizá lo que le prescribieron los médicos.

El viajero salió poco del hotel y con nadie hablaba, excepto para ordenar comidas muy frugales. Se

sentaba a veces cerca de la recepción, donde el conserje y los propietarios del hotel lo observaban beber a sorbos su agua mineral o una taza de caldo. Durante horas se quedaba ensimismado y hundido en el sillón, la mirada perdida en un punto fijo. Algo raro tenía ese rostro melancólico, cuyos bigotes sin recortar bajaban por el borde de los labrios, que alejaba a los demás. Pese al aspecto exterior descuidado, ropa vieja y gastada, botines sin lustrar, habla en su aspecto exterior, una grave dignidad que al tiempo que ponía distancia también obligaba al respeto.

En aquellos años, cuando el baño de los hoteles se hallaba alejado de los dormitorios, era preciso ordenar a la camarera el agua caliente, el jabón y las toallas. El personal del hotel testimonió después que no recordaba que el viajero hubiera solicitado esos servicios de higiene durante su permanencia, casi un mes. Con nadie habló, excepto para pedir sus muy ocasionales comidas.

La mañana del 28 de abril de 1917, al levantarse de la mesa donde tomara su desayuno, confesó por fin a la camarera que se sentía muy mal. Horas más tarde pidió que le trajeran un médico. Cuando éste llegó, lo encontró retorciéndose de dolor en la cama. Como no hablaba, el diagnóstico fue imposible. El 30 de abril, por la noche, lo metieron en un carruaje y lo llevaron al hospital de San Saverio. La ciudad estaba a oscuras y solitaria, por las restricciones de la guerra. Cuando el

charlando en la librería de Barreiro y Ramos con uno de los propietarios, Antofito, como le decían los íntimos, cuando comenzaron a mugir las sirenas de los diarios. En la tertulia de la librería conjeturaron que finalmente habría llegado el acuerdo político. Siempre hay en este país alguna discordia entre los partidos que exigía la transacción, el compromiso, el acuerdo, que en ese entonces hacía mugir las bocinas de los diarios y hoy, hace emitir flashes informativos por radio y televisión.

En esos meses de 1917, el ambiente estaba cargado de tensiones locales e internacionales: la gran guerra europea, las confusas noticias de Rusia con los nombres inéditos de Lenin y Trotski, el alto de Viera a las reformas de Batlle, la constituyente anticolegialista que se enfrentaba a una legislatura colegialista elegida el 14 de enero de ese año. El acuerdo estaba madurando, como les constaba de los contentulios de la Librería Barreiro que se formalizaría un mes después. De modo que Pérez Petit se alejó de sus amigos para llegar a las pizarras de **La Razón** a ver qué pasaba.

En ese Montevideo otoñal y a las cinco de la tarde, la vida urbana hace setenta años se concentraba en la Ciudad Vieja, donde estaban los periódicos, los teatros, las cámaras legislativas, las grandes firmas exportadoras e importadoras, los bancos y las residencias de las principales familias a las que pertenecían los políticos. Pasadas las diez de la noche, la

paseo vespertino, alborotaban sus hijos y hermanos, en carácter de estudiantes en huelga contra un rector malvado, para otorgar mayor colorido al ambiente. Pérez Petit puso en su relato los símbolos del progreso que por entonces eran el orgullo de nuestra burguesía: automóviles ruidosos, tranvías eléctricos que "hacían sonar sus gongs" y como toque popular a los canillitas voçenado los diarios de la tarde.

Pérez Petit llegó al pie del pizarrón, ante el que se agolpaban los curiosos. Escrito con tiza y con una errata, allí se leía: "El ministro uruguayo en Roma comunica que ha fallecido José Enrique Rodó en Salerno".

Unos amigos retiraban al hermano de Rodó, quien se había acercado a **La Razón** para saber alguna noticia de la guerra o del acuerdo político. Pérez Petit se sintió anonadado. Con José Enrique Rodó se iba un pedazo de su propia juventud, el compañero de esa empresa común que fue la **Revista Nacional**, que a penas duró dos años (1895/97) y presentó a ambos en la escena literaria uruguayo y americana.

SUAVE Y DULCE MAESTRO

Murió pues el escritor y nacla el Maestro, despedido ese mismo mes con un poema de Emilio Frugoni que comenzaba:

"Suave y dulce maestro,
/todo luz y armonía,

necesidad de ser hipócrita le quitó el pan y la sal a ese introvertido, tímido y conciliatorio escritor. Por sus proporciones, fue un abuso.

Rodó viajó a Europa por una mezcla de motivos cuyo relato sería largo de exponer, pero que tuvo buena dosis de huida, alejamiento, ostracismo. Se fue desafiando toda clase de apoyo del gobierno y sobre la base financiera de su oficio de escritor y periodista. Gestionó y obtuvo una correspondencia de la revista argentina **Caras y caretas**. A un amigo le escribió: "Mi compromiso es escribir tres correspondencias al mes; que me retribuyen con 650 nacionales, o sea 250 oro uruguayos. Dentro de breves días estaré, pues, lejos de la patria y de Batlle".

El destino, que suele ser exagerado, quiso que muriera lejos de la patria pero no del alcance de Batlle. El proceso de canonización, de resultados tan equívocos para los escritores, se inició el mismo mes de su fallecimiento, con el consagratorio número extraordinario de la revista argentina **Nosotros**, una de las mejores publicaciones literarias de la época. Allí se publicó, junto con numerosas colaboraciones, el poema de Frugoni y el testimonio de Pérez Petit que utilizamos antes y que, posteriormente abreviado, integró la biografía de su amigo, aparecida al año siguiente. Se gestó así ese clima de fervor cuya primera etapa culminó con la repatriación de los restos del escritor, ya convertido en Maestro, adosado a la apoteosis de su pomposo velatorio en la explanada de la universidad y guardias de honor militar.

Montalvo y Juan María Gutiérrez. Los seis artículos fueron una bomba y tuvieron la virtud de reanimar polémicamente, en su cuestionamiento integral, un prestigio que derivaba peligrosamente hacia los pantanos del engolamiento académico, el panegrico y los funerales patrióticos, donde milagrosamente todavía persiste, convertido en un enigmático totem que varios escritores uruguayos han tratado de develar, con azarosa fortuna para sí mismos y para la cultura de este país.

Zum Felde preservó esos artículos en el volumen titulado **Crítica de la literatura uruguayo**, que publicó Maximino García en 1921. El crítico iconoclasta y removedor de los valores, guardó su hacha de guerra y nunca quiso reeditar el volumen. Cumplida la tarea que se había propuesto, la de recimentar las débiles estructuras de la incipiente literatura nacional, se dedicó a atenuar, amortiguar y matizar sus juicios periodísticos a través de las sucesivas ediciones del **Proceso intelectual del Uruguay**, a partir de 1930.

Cuando, pasado el terremoto de Zum Felde, se recomponía la solemne compostura de la figura de Rodó, un joven de veinte años, estudiante de derecho y flamante profesor de literatura, comprobaba "una caducidad casi unánime de nuestro estilista", precisamente cuando se aproximaba el vigésimo aniversario de la muerte de Rodó. El joven se llamaba ahora Carlos Real de Azúa, pero de su dictamen nadie se enteró hasta años después.

Ruben Cotelio

YO FIRMO

En Buenos Aires Comisión Nacional Pro Referéndum.
Nueva dirección: Tacuarí III 4° piso
Tel.: 37 - 63 - 63
Encargado: Dr. Saúl Cogan

En Mar del Plata: Ortiz de Zárate 6106



INDICE

mimeográfica - offset

una solución eficaz
en materia de impresos

Ballet

El implacable paso de los años



El público uruguayo aficionado al ballet no suele ser muy exigente. Cualquier pirueta sirve de pretexto para arrancar atonadores aplausos y bravos rutinarios. La misma reacción exagerada sirve para los paseos de una diva decadente, el pintoresquismo fronterizo, un admirable pas de deux según Mahler.

parece no existir. No obstante, cualquier espectador veterano y memorioso, puede establecer los abismos que existen entre el rigor, la tensión interior de los cuerpos, los pasos calculados y al mismo tiempo espontáneos, el clima de poética invención que circulaba en la "troupe" regenteada con mano firme por Limón, fallecido en 1972, y el oficio agradable y la buena disciplina del cuerpo de baile de hoy.

Es suficiente comparar las coreografías conocidas del maestro para advertir las diferencias. La pavana del moro es una recreación de Otelo en base a cuatro

venezolano que solamente aporta la exterioridad física. Lo que constituye un "timing" perfecto de danza y gestos significativos, de esa vitalidad exploradora de encontrados sentimientos, se convirtió, casi 30 años después, en un agradable "paz de quatre", sin drama ni poderlo visual. Lo mismo sucedió con **Hay un tiempo**, sobre música de Norman dello Joio, lo que fue una sensacional concentración de elementos plásticos y corporales en la escena de "Tiempo de nacer" pasó a ser una honorable visualización de una magnífica coreografía. Otras dos

muy lejano, que ha sido rápidamente superado por otros continuadores como Oscar Aráiz. Es que toda la danza expresionista americana desde Martha Graham (había que verla bailar a los 70 años) a Merce Cunningham, envejeció prematuramente, sofocada por excesos simbólicos y atmósferas opresivas. Y no siempre surge un Limón o una Pina Bausch capaz de inyectarle nueva savia, actualizar sus significados.

La coreografía de Lucás Hoving, una brevísima variación sobre el tema de Icaro con música de Shin-ichi Matsuchita, tuvo un dúo perturbador (Stuart Gold y Jonathan Leinbach) y un final admirable, así como **Ahora la Egmónt**, por favor, una alegoría sobre la sociedad y la marginación individual, vestidos con batas de dormir, con esa liber-